

exterior? No ayudó usted a los malos gobiernos que contrajeron esa tremenda deuda, mientras nos han dejado a nosotros bostezando de hambre, en tanto que otros lo han acaparado todo y tienen los bolsillos repletos. Ustedes que han encarrilado mal la cosa pública, son los responsables de que el trabajador esté saboreando esta crisis. No podrán jamás decir que por culpa nuestra, de los obreros y campesinos, se deben aquellos millones, pues lo que nos ha tocado es andar jibados, porque ya no aguantamos la carga.

No importa que pisoteen nuestros derechos, porque alguna vez será de día. Dice el Sr. Diputado Chacón que ayudará a fomentar la agricultura. Está muy bien. Pero yo le aconsejaría más bien que en la próxima sesión hiciera saber a sus compañeros que es un acto de inconsciencia el que están haciendo en momentos tan difíciles, mandando al Congreso 48 individuos innecesarios, y que más valiera economizar esa suma al Estado, así nos evitaremos que nos señalen con el dedo como a derrochadores. Es mejor que despidan de sus puestos a los que están de sobra ¡A trabajar todos con honradez! con un gesto semejante bastaría para que Costa Rica levante su inclinada frente.

Señores Gobernantes: si no tratáis de cambiar la vía por donde ha estado corriendo la locomotora nacional, tendrá que descarrilarse, y no nos va a quedar ni el palo de la bandera.

JUAN PERALTA F.

Cartago, Marzo de 1930.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA MEDIDA ECONÓMICA

Conversando con una maestra de una de las escuelas de esta ciudad, con respecto a la supresión de la Cocina Escolar, tuvimos la oportunidad de oír de sus labios una relación que nos llenó de tristeza y que no podemos menos que reproducir.

Así nos habló:

Desde hace algunos días, vengo notando que algunas de mis pequeñas alumnas han cambiado completamente en su modo de conducirse en la escuela. Las noto siempre aperezadas, desatentas y muy poco cumplen con sus tareas. Se presentan además, con los trajes rotos y sucios. Yo comencé por llamarle la atención y reprenderlas seriamente, pero

esos procedimientos no me dieron resultados satisfactorios; cada vez era más deficiente el aprovechamiento y comprendí que de seguir así, no quedaría otro medio que expulsadas de la escuela. En vista de eso, decidí dar cuenta a la Directora de lo ocurrido, y ésta, tomando cartas en el asunto, se presentó un día en la clase y llamó a una de las niñas por mí indicadas. Se presentó; llevaba la cabellera muy enmarañada, la cara pálida, amarilla, el traje sucio y en desorden.

—¿En su casa no hay agua? —preguntó la Directora con tono severo.

La chiquilla bajó la cabeza y no contestó nada.

—¿Y tampoco hay jabón? —insistió aquélla.

Entonces, muy triste, con el aire infantil propio de su edad, contestó que no, que en su casa no había jabón; y explicó, que ella era hija de una cocinera y que no tenía padre; que su madre, salía todos los días muy de mañana para el empleo, y que no volvía sino hasta en la tarde; pero que al salir, la dejaba un poco de café, que ella a la hora de almuerzo, calentaba en casa de una vecina y lo tomaba con lo que ésta le quisiera obsequiar: un pedazo de pan o de tortilla; eso era lo único que podía comer a ese tiempo. Por la noche, su madre volvía a la casa, y entonces le llevaba algo de las sobras de la casa donde estaba empleada, era entonces cuando comía algo en todo el día. Explicó también, cómo tenía ella necesidad de lavar la ropa que se ponía, en las tardes cuando volvía de la escuela, y cuando no se sentía aperezada. Cuando existía la Cocina Escolar, ella iba a ella y entonces así podía calmar el hambre, después de las horas de trabajo de la mañana. Pero, desde que habían suprimido esa institución, no comía nada a la hora de almuerzo; la vecina ya no la daba nada para que tomara el café, porque estaba en muy mala situación.

¿Se comprende lo demás? ¿Se comprende el por qué del modo de conducirse de aquella chiquilla hambrienta que al comenzar apenas a darse cuenta del mundo, sentía ya sobre sus raquíticos miembros los tremendos latigazos de la injusticia social?

Pero he aquí lo curioso: Todas aquellas niñas en que se había operado el cambio a que me he referido, eran asistentes a la Cocina Escolar, y su decaimiento, con raras excepciones, comenzó a notarse desde la supresión de aquélla. Se hizo una observación en la escuela, y se llegó a la conclusión de que eran más de veinticinco las perjudicadas con la mencionada supresión. Y se presentó el problema: ¿Podían las maestras ver con frialdad aquella situación? ¿Pero podían acaso dar de comer diariamente a tantas chiquillas?

El problema se resolvió así: Todos los días se lleva cada maestra una chiquita a su casa y le da de comer. Al día siguiente lleva otra, y así, las van turnando.

Eso sucede pues en una escuela; y en las otras ¿no sucederá lo mismo?

¿Y esas son las medidas económicas de nuestros hombres de estado? ¿No es un deber social, ya que vivimos un sistema anticuado e injusto, proteger a todos los desheredados de la suerte hasta donde sea posible, para evitar la miseria que casi siempre es la causa de todos los delitos en el pueblo?

Pero no: esas crueldades son necesarias, pura que sea posible hacer derroches en otras partes.

Los lamentos de tanto inocente hambriento, gravitarán irremediablemente, implacablemente, sobre las cabezas de nuestros estadistas.

Pensamientos de Víctor Hugo

Hablar con los mudos es hermoso, pero hablar con los sordos es triste.

Del infierno de los pobres se forma el paraíso de los ricos.

Nada endurece tanto el corazón como hallarse caliente entre dos sábanas.

La primera elegancia es la ociosidad, pero la ociosidad del pobre es el crimen.

La luz de las antorchas es como la prudencia de los cobardes: alumbra mal porque tiembla.

Las aristocracias se enorgullecen de lo que las mujeres se creen humillantes: de envejecer, pero mujeres aristocracias se hacen la ilusión de que conservan.

La utopía de hoy es la carne y el hueso de mañana.

Lo que mueve y arrastra al mundo son las ideas, no las locomotoras.

Se ha calculado que en las salvas y saludos, el mundo civilizado gasta en pólvora, cada 24 horas, 150.000 cañonazos inútiles. A razón de seis pesetas por cañonazo, importan 900.000 pesetas diarias o sean 300 millones al año que se van en humo. Durante el mismo tiempo se mueren de hambre muchos pobres.

Observamos: Los cálculos son del siglo pasado. Si hoy tratáramos de repetirlos, quedaríamos horrorizados porque los cañonazos han aumentado enormemente, y escandalosamente la miseria.

IMPRESA Y LIBRERÍA TORNO